


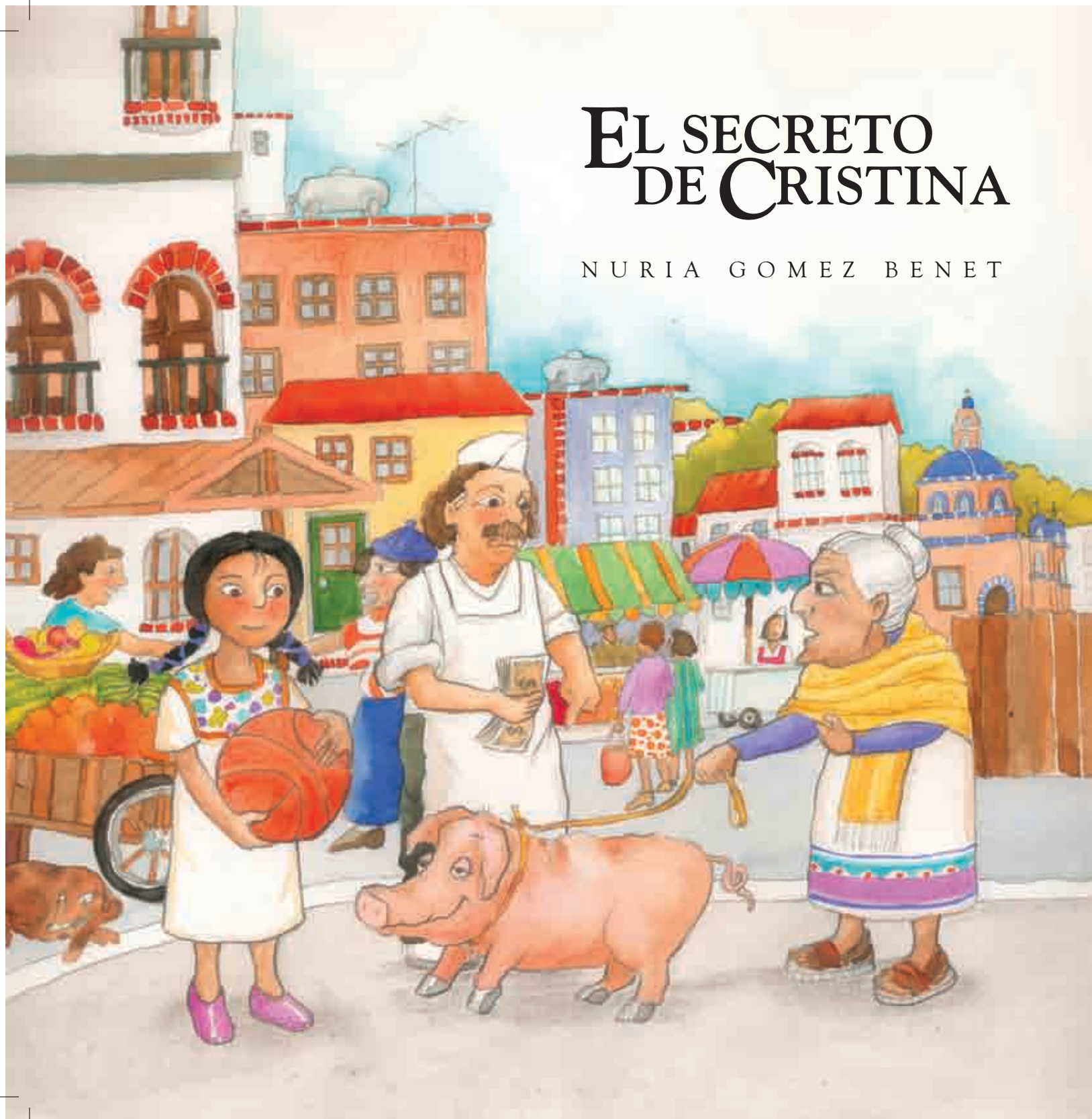
EL SECRETO DE CRISTINA



 Todas las personas de los diferentes grupos étnicos pueden usar su lengua, sus costumbres y su cultura sin que otros se lo impidan o juzguen por ello.

EL SECRETO DE CRISTINA

NURIA GOMEZ BENET



A vivir con mi tío Aldo

Creo que nunca había visto el letrero. Lo vi hasta el mero día que llegué con todas mis cosas. Yo había venido a Kipatla, pero nada más de paso.



Una vez bajé a Kipatla con mi abuelita que trajo a vender su cochino. Le dieron muchos billetes. Ese día yo le pregunté que si no estaba triste porque iban a matar a su puerquito. Ella me dijo que sí, que un poco triste, pero que era como cuando yo rompí mi cochinito. Me daba tristeza así, roto, pero también estaba contenta, porque saqué mi dinero. Para comprar un balón de básquet lo saqué.

Desde ese día no había vuelto a bajar a Kipatla. ¡Y menos para quedarme a vivir! Después del sepelio de mi abuelita, me dijo mi mamá que ella tenía que volver a Arizona. Allá trabaja ella con mi papá. Allá, del otro lado. Me dijo que ya no podía yo quedarme en San Miguel Tihuiztlán. Que ya no estaba mi abuelita que me cuidara.

—No le hace, mamá. Yo me puedo quedar sola en Tihuiztlán, al cabo que ya cumplí los doce. Usted váyase tranquila.



Pero no quiso mi mamá. Tampoco quiso llevarme a Arizona. Dijo que estaba yo chica. Que me tenía que quedar a vivir en Kipatla con mi tío Aldo.

–Él es maestro en la escuela y sabe lo que hay que hacer para que estudies allá.

Sí me cae bien mi tío, pero yo no quería irme de Tihuiztlán. Me gustaba la primaria de allá. Me gustaban la maestra Trini y mis amigos: la Mariquita, la Juliana, el Chigüil. Jugábamos básquet, nos subíamos al fresno grande, mordíamos caña de maíz y nos mojábamos en el río. Era lo que me gustaba. Pero ya no había quién me cuidara y no me pude quedar. Metí mi ropa en una caja y la apreté bien. Con un lazo la apreté y me vine a vivir acá. También mi balón traje.

Juliana, Mariquita y el Chigüil me miraron el día que me vine. Se fueron haciendo chiquitos mientras se quedaban lejos, allá, hasta arriba del fresno grande. Parecían apenas tres lagartijas.

–¡Adiós, Cristina!

–¡Adiós Cristininina!

–¡Que te vaya bien!

–¡Luego vienes a vernos, Cristininina!

Me gritaban a risa y risa alzando las manos. Acostados en las ramas gordas, como lagartijas.

El fresno también se hizo chico. Parecía un quelite chaparrito, de esos que juntaba en el campo mi abuela.





El libro que perdió muchas palabras

La escuela de Kipatla tiene una cancha de básquet rete bonita, con sus dos canastas con redes y sus rayas pintadas en el suelo. Es una escuela de dos pisos. Es grande porque van muchos niños. En el piso de arriba está el salón de quinto: donde yo estudio. Tiene ventanas altas, pero no se puede sacar la cabeza. Tienen reja las ventanas.

El primer día llegué con mi tío Aldo. Los otros niños habían llegado más temprano y ya estaban en el salón. ¡Quién sabe qué tanto discutían! Algo de unos hombres malos que habían agarrado un armadillo del monte. Para venderlo convertido en charango lo habían agarrado... O algo así. Una niña muy enojada decía que eso estaba prohibido, que a esa gente era para que la metieran a la cárcel. Yo nada más pensaba en el pobre armadillo... ¿Qué culpa tenía? ¿Nada más porque andaba por el monte lo iban a convertir en charango? ¡Pobrecito!

Enseguida que se dieron cuenta de que mi tío y yo estábamos en la puerta, se quedaron todos callados. El maestro Jacinto nos vio y luego todos nos miraron. Yo sentí todos sus ojos puestos encima de mí. Yo también a ellos los veía. Eran un montón y yo me sentí muy rara. Los veía y me daba cuenta de que yo era la única igual que yo. Los otros eran todos diferentes. Sus zapatos eran de otros, su piel era distinta, su cabello se lo peinaban de otra manera. Pensé:

—Seguro que ninguno de ellos habla en lengua.

El maestro Jacinto me sonrió y dijo:

—Niños, ella es Cristina. Es la sobrina del profesor Aldo, su maestro de deportes. Viene de San Miguel Tihuitlán. Es su nueva compañera de grupo y quiero que todos sean amables con ella y que la ayuden en lo que necesite.





¡Ay, yo sentí tanta vergüenza! En medio de las miradas, el maestro me llevó a un pupitre y me dijo:

–Este va a ser tu lugar– me dijo.

Entonces me senté y saqué mis cosas del morral: sacapuntas, lápiz, cuaderno, goma... ¡iiih! ¡En eso que me doy cuenta: algo faltaba! ¡Había yo dejado en Tihuitlán mi libro de texto!

–¡Seguro se quedó en casa del Chigüil cuando fui a hacer la tarea!– pensé. En eso, la niña de junto me habló:

–¡Pssst! ¡Hola! Yo me llamo Nadia ¿Qué te pasa?

–No traje mi libro– le dije.

–Pues dile al profe, seguro que te da otro. Llegaron ayer los libros de texto y todavía tiene.

Cuando sonó el timbre todos se fueron. Yo me acerqué al profesor y le dije que ahí en Tihuitlán se había quedado mi libro.

Sí, me dio otro. Pero no era igual. Estaba todo escrito en castilla, no como el mío, que viene en castilla y en náhuatl. Yo sé escribir y leer en los dos idiomas, porque mi escuela es bilingüe y enseñan las dos. Pero la abuela siempre me ponía más tarea en lengua, y también me hacía repetir muchas veces las lecturas en lengua. Por eso leo y escribo mejor en náhuatl.

¿Para qué me habrá acostumbrado mi abuela a tanto hablar en lengua, si acá sólo estudian puro español? Era feo que no hubiera

páginas donde estuvieran las palabras con las que me hablaba mi abuela. Ella decía que eran las palabras de sus abuelos y de nuestro pueblo, que si no las hablábamos nosotros, se iban a perder. Tenía razón mi abuela: en el libro de la escuela de Kipatla esas palabras ya se habían perdido.



Un perro que se llama “Conejo”

Mi tío habló por teléfono a Tihuiztlán y le llevaron razón a la mamá del Chigüil para que mandara mi libro con alguien que viniera a Kipatla. ¡Pa’ saber cuándo sería eso! Mi tío me decía que no me desesperara y que le echara ganas. Al cabo que la maestra Trini también me había enseñado a leer y escribir en castilla. Así que eso hice.

Empecé a fijarme cómo se escribían los nombres de mis compañeros. Estaba *Nadia*, la que se sentaba junto a mí, la que se había enojado más aquel día por lo del armadillo. Estaba un compañero que se llamaba *Julio*, otra *Elena*, *Matías*, *Eloy*, *Lupita*, y *Juan Luis*. Él no puede caminar y anda para todos lados en una silla con ruedas. ¡Hasta juega básquet en su silla! ¡Que hubiera tenido una así Don Manuelito, el compadre de mi abuela, allá en Tihuiztlán! Él tampoco podía caminar. Nada más lo sacaban a sentar en el zaguán cuando hacía buen día. Bueno... no sé si le hubiera servido una silla como esa a Don Manuelito, porque en Tihuiztlán las calles son de tierra y tienen muchos charcos y agujeros. A lo mejor se volteaba Don Manuelito y le salía peor.



Juan Luis canta muy bonito y no le da pena. Canta y toca un instrumento que se llama armónica. Le gusta la música que le dicen *gruper* y su sueño es que de grande va cantar en un grupo famoso.

La primera que se hizo mi amiga fue Nadia. Me invitaba a jugar con ella en el recreo y al rato se nos juntaban Juan Luis y Frisco. Frisco es uno de sexto año que es amigo de Juan Luis.

Un día hasta fuimos a comer todos a la casa de Nadia. Yo al principio no me quería subir a su bicicleta, pero ella pidió llevarme y ni modo de hacerle una grosería. Me senté atrás y la abracé para no caerme. No me caí. Acá en Kipatla las bicicletas casi no brincan.



Llegamos a la casa de Nadia y ahí me enseñó a su perro. Conejo se llama. Tiene las orejas largas y paradas, por eso le puso Conejo. Creo que se parece al Tichín, un perro de los de casa de Mariquita, pero es más grande y de otro color. Y además, el Tichín no tiene las orejas tan largas. Mejor dicho casi no se parece al Tichín, más que en el modo, porque es un perro muy amable también y muy travieso.

Jugamos bonito y vimos la tele en la casa de Nadia. Estábamos contentos. Al rato, su mamá nos dio veinte pesos para que compráramos en la tienda de Don Esteban. Ahí estuvo lo malo.





La tía Balbina

Estábamos empinados mirando el refrigerador de las paletas. Yo no sabía si comprar la de yogurt o la de tamarindo. En eso, que entra a la tienda una señora. Primero ni me fijé en ella. Se acercó a pedir una sopa y se la fueron a traer. Que se nos queda mirando. Era la tía de Nadia.

–¡Hola Nadina! ¿Cómo estás, mi cielo?

–Bien, tía Balbina, gracias– le contestó Nadia.

Después se me quedó mirando.

–¿Es tu nueva amiguita?– le preguntó señalándome. (Y eso que señalar es de mala educación, a cualquiera le enseña su abuela).

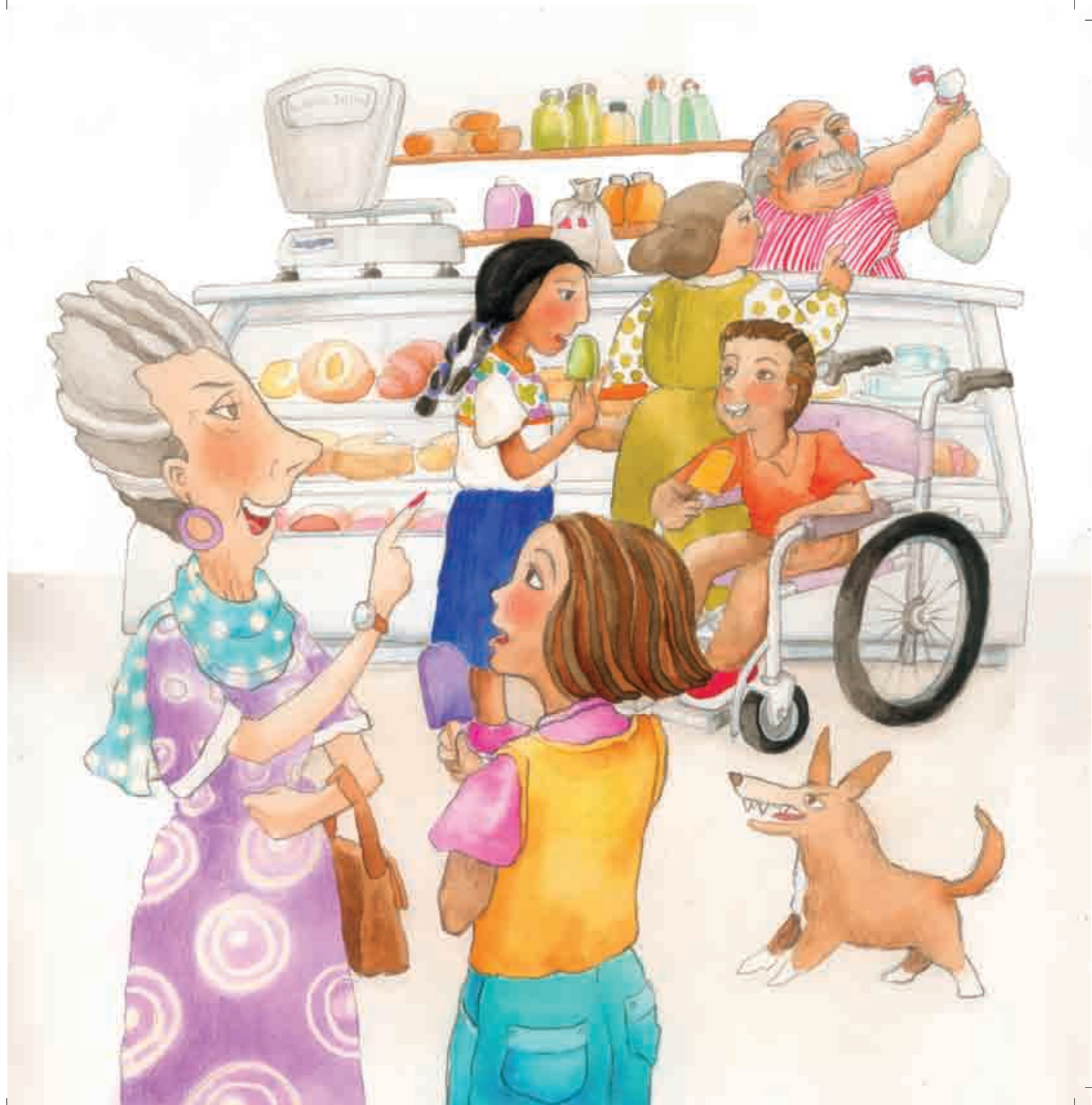
Nadia le dijo que sí. La señora nomás se rio y se puso a escribir en un papel. No dejaba de mirarme. Cuando terminó de escribir, ensartó el papel en un clavo de la pared. Bien alto para que todos lo viéramos. Yo empecé a leer:

El que con indios se junta...

¡Ay! ¡Sentí muy feo! Pero antes de que yo terminara de leerlo, Frisco se subió a una caja y bajó el papel, lo arrugó y lo metió en su bolsillo.

La tía de Nadia seguía riéndose.

–No te preocupes, niño. Seguro que a ésta ni siquiera le han enseñado a leer en su pueblo– dijo burlona *–Ellos nada más puras*





supersticiones aprenden. Y ustedes, a ver si se fijan bien con quién se juntan. No sea que le aprendan las mañas a ésta y se queden atrasados para siempre como los indios.

Ahí fue cuando regresó el dueño de la tienda con la bolsita de sopa de letras. La señora Balbina le preguntó, como si nada:

—¿Cuánto le debo, señor Esteban?

Pagó y se fue. Todos nos quedamos en silencio. Yo me sentí fría, congelada como la paleta de yogurt. Nadia me miró y se volteó para otro lado. Juan Luis cerró la tapa del refrigerador. Pero eso que dijo la señora, como un aire frío, ya se nos había metido al cuerpo. Hasta el corazón se nos había metido.

Por las veredas

A mi tío Aldo no le conté eso. Tampoco le dije que otro día, cuando fui por la leche, me encontré a la tía de Nadia por la calle con otra señora. Que paso junto a ellas y que la oigo decir completo el versito el de la hoja de la tienda. Me miró hablándole a la otra:

—Ya te digo, Valeria: “El que con indios se junta, jamás llega a la punta.” Hay que fijarse bien con quién se lleva una si quiere ser alguien en la vida.

Yo me fui caminando rápido, como si no hubiera oído. Llegué a la casa con la cara caliente de coraje, pero a mi tío no le platiqué. Él comía



conmigo todos los días y luego se iba a entrenar a los alumnos de la secundaria. En las tardes yo me quedaba sola.

Mi tío me había dicho que era mejor que no saliera. Que anduviera sólo por ahí cerca, hasta que conociera bien la ciudad. Se pasaron varios días sin que Nadia me invitara y yo no me animaba tampoco a hablarle. Como se me hacía muy larga la tarde, se me hizo costumbre terminar la tarea y salir por ahí a caminar.

Cada vez llegaba más lejos. Me gustó mucho descubrir que por ahí también había campo. Encontré lugares que se parecían mucho a los que había por Tihuiztlán. Hallé un árbol grande y un arroyo, una milpa y un bosque con veredas muy marcadas, que son las que me enseñó a seguir mi abuela. Para no perderme.



Una tarde llegué hasta una casita en el campo. Tenía una barda alrededor. No parecía que hubiera gente. Tiré una piedritas en la puerta, pero nadie salió. De repente, vi un animalito en una jaula. Parecía un armadillo. ¡Pobrecito! Estaba en el sol y no tenía ni un traste con agua para tomar. ¡Y dónde que los armadillos son muy sedientos! Rascaba el suelo con sus patitas, pero le habían puesto una lámina debajo y nomás puro ruido hacía. No se podía escapar. ¿Sería el que habían platicado en la escuela?

—¡Siquiera todavía no lo vuelven charango!— pensé.

Me di la vuelta y hallé un hueco en la barda. ¡Que me meto sin hacer ruido! En la puerta había un letrero que decía: *Juan, fui a buscar otro armadillo para el pedido. Regreso con él en la noche. Espérame para prepararlos.*

¡Entonces sí era el armadillo que iban a convertir en charango! Lo tenía yo que sacar pronto, antes de que viniera ese señor Juan. Me acerqué a la jaula. Desenredé el alambre que tenía en la puerta, saqué al animalito, lo abracé y me lo llevé de ahí. Lo más rápido que pude corrí sin voltear para atrás, derecho hasta encontrar la vereda.

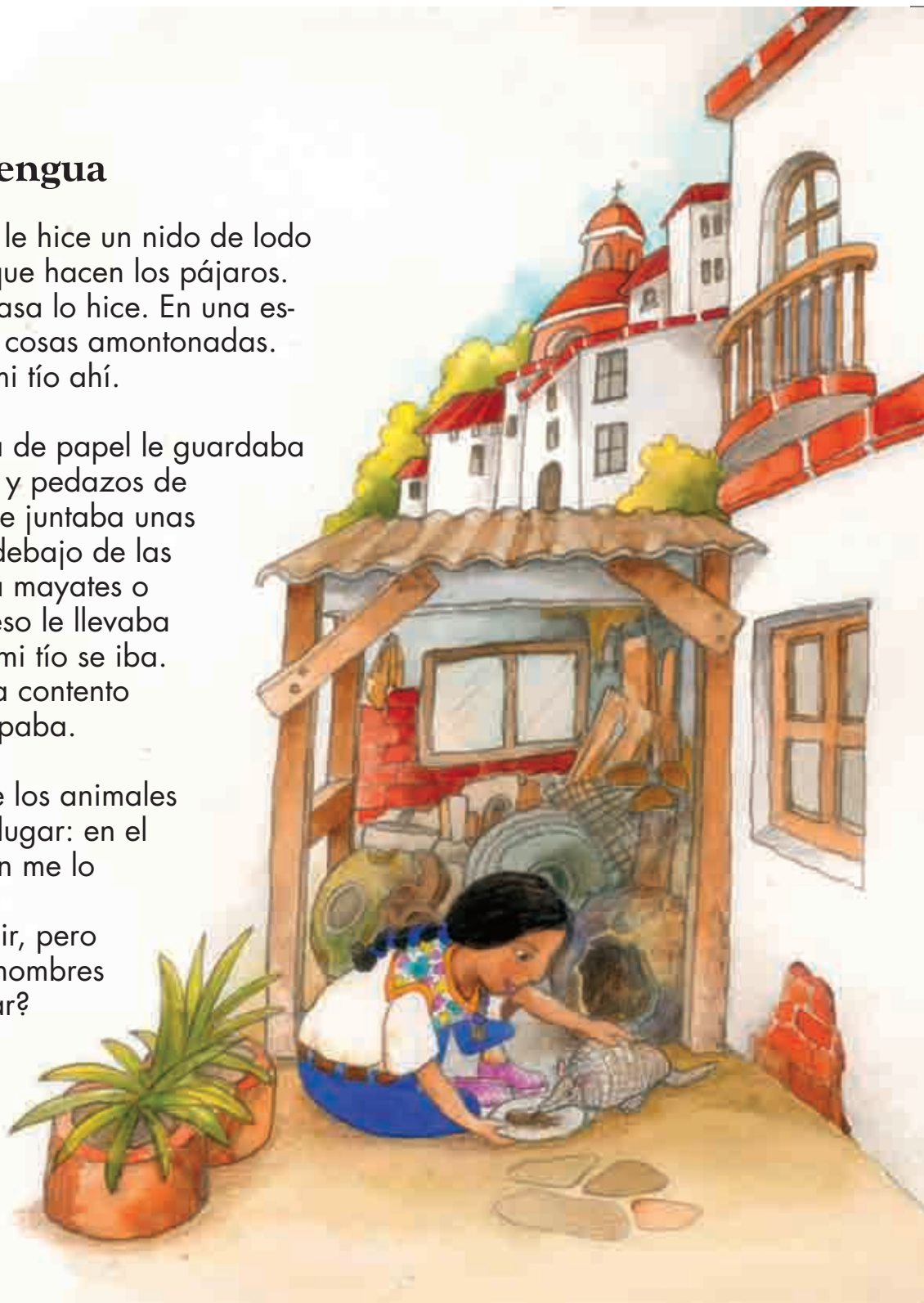


Leyendo en lengua

Al armadillo le hice un nido de lodo y hojas como los que hacen los pájaros. En el patio de la casa lo hice. En una esquina donde hay cosas amontonadas. Nunca se asoma mi tío ahí.

En una bolsa de papel le guardaba cascaritas de fruta y pedazos de verdura. También le juntaba unas pocas cochinillas debajo de las macetas, atrapaba mayates o tlaconetes y todo eso le llevaba de comer cuando mi tío se iba. Yo creo que estaba contento porque no se escapaba.

Yo sabía que los animales deben estar en su lugar: en el monte. Eso también me lo enseñó mi abuela. Quería yo dejarlo ir, pero ... ¿y si los malos hombres lo volvían a atrapar? Era mejor tenerlo escondido. Por unos días, aunque fuera.





Cada tercer día iba yo a asomarme a la casa del monte, a ver si ya se habían ido los malos, pero luego se oía un radio, o hallaba yo huellas de llantas por el camino.

Al armadillo le puse Tichín, como el perro de la casa de Mariquita. A lo mejor así le puse para no extrañar tanto a Mariquita.

Yo creo que Nadia sí quería ser mi amiga, pero no sabía si eso estaba bien, o si se iban a burlar en su familia. Creo que quería ser mi amiga. Era amable conmigo y en la escuela me sonreía y hasta platicábamos a veces en el recreo.

El profesor Jacinto siempre ha sido muy bueno y me explica cuando no entiendo algo. En la escuela, menos el primer día, siempre me sentí bien. Sobre todo desde que llegó mi libro. El señor Tomás vino de Tihuiztlán y la mamá del Chigüil me mandó mi libro con él. ¡Qué contenta me puse de tener mi libro bilingüe! Otra vez podía leer y escribir en la lengua de mi abuela.

El profe me pasó al frente a leer en nahuátl, para que todos vieran lo bien que leía. A mí me daba vergüenza. pero cuando unos niños se rieron, el profesor Jacinto los regañó.

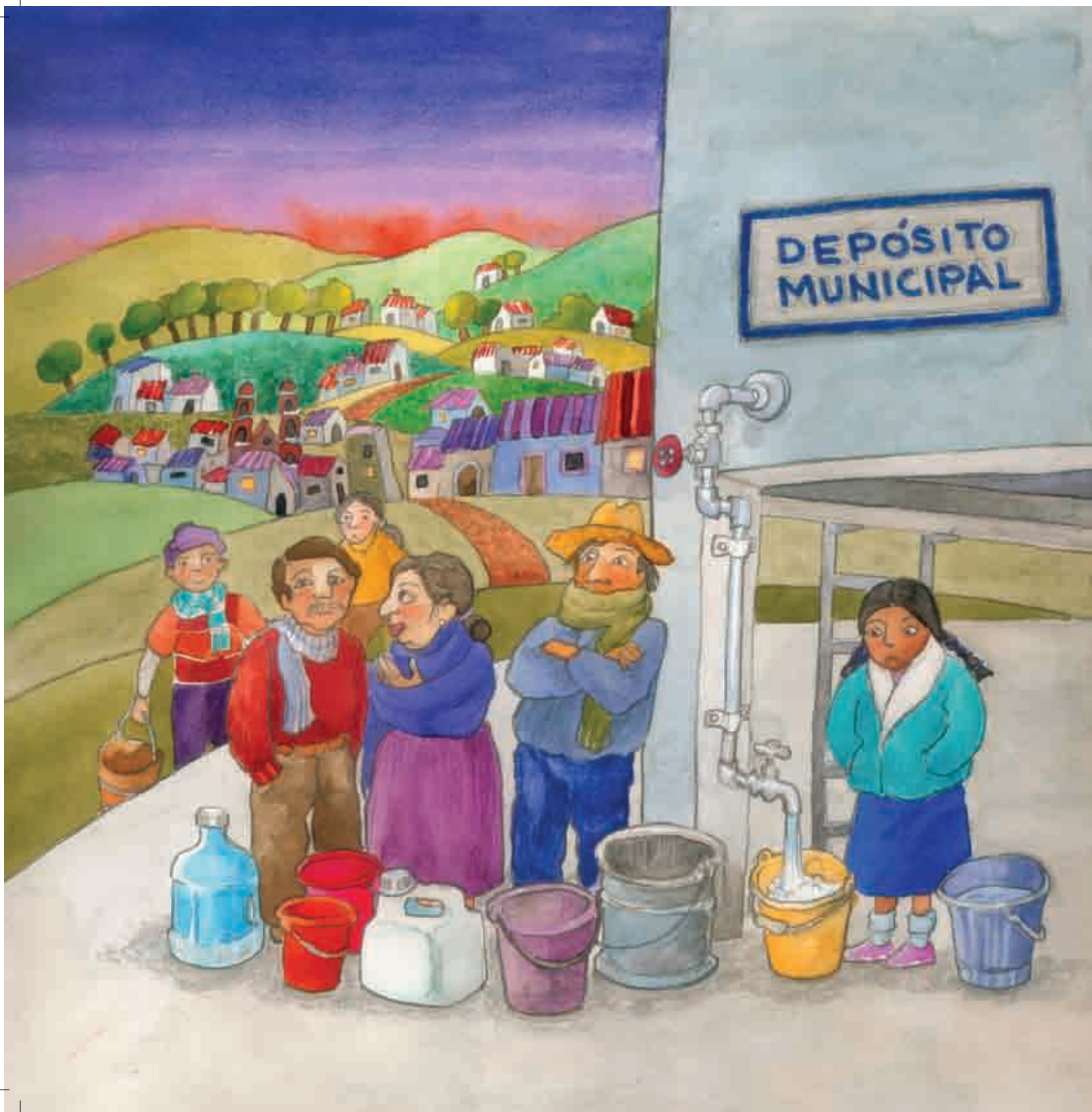
–¡Hey! ¿De qué se ríen? ¡Ustedes porque nada más saben un idioma! No sé de qué se ríen, si Cristina, en cambio, sabe dos.

Sin querer a mí me salió una risita.



Entonces mis compañeros me empezaron a preguntar cómo se dicen las cosas en náhuatl. *Ahcopechtli*, les enseñé que se llama a la mesa; *tonalli*, que le decimos al sol; *yolotl*, que quiere decir corazón. Y así, varias cosas que me preguntaban. Unos hasta se las aprendían y las decían muy chistosos, como si tuvieran la boca llena de masa.

A veces, cuando estaban platicando y yo me acercaba, se quedaban callados. Hablaban de mí, yo creo. Me preguntaban qué cosas creíamos en el pueblo, si nos aliviábamos con hierbas, si mi abuela era curandera... Muchas cosas preguntaban. A lo mejor estaban curiosos porque la gente les hablaba mal de mí –como la tía de Nadia– y ya tenían en su corazón desconfianza.





Luego se sorprendían cuando yo contaba lo que hacía en Tihuiztlán. No creían que me despertara sola antes que saliera el sol. Les expliqué que así me acostumbré con mi abuela para ir por agua tempranito. Tampoco sabían que en Tihuiztlán nada más hay llave de agua en el depósito municipal y no en las casas. No creían que yo sabía hacer juguetes con las hojas secas de la milpa, ni que me sabía yo subir a los árboles más altos. Nunca habían oído que alguien le pidiera permiso a la tierra antes de cortar una fruta o unas hojas. Se miraban entre ellos como si no me creyeran. Tampoco habían conocido a ninguna persona que dejara vivos a los alacranes y que supiera quitarles la cola para que no picaran a la gente por ahí.

Los curiosos

Me espiaban. No sé por qué, pero muchas veces me espiaban.

Un día, estaba yo lavando los trastes en la casa. Seguido cuando lavo canto una canción que dice:

*...ya ni mo kuepa ipa mo xacal.
Nik kuikuikati in tlali, in tonaltzintli in totiotzi...*

*...ya cuando vuelves ya de regreso para mi jacal
Canto a la tierra, canto al sol, a la lluvia y al creador...*

La estaba yo cantando enfrente de la ventana de la cocina y cuando alcé los ojos, vi a Juan Luis que me estaba espiando por la ventana. Me dijo:



–No sabía que cantaras tan bonito.

Se puso colorado y se fue. Nada más eso me dijo.

Otro día Nadia me preguntó que si era cierto que yo salía a *merodear* por el monte en la tarde. (Así me dijo: *merodear*.) Yo no sé cómo supo, pero le dije que no. No quería que nadie se enterara. Si mi tío lo descubría me iba a regañar. A la otra tarde, creo que Nadia me siguió, porque la vi corriendo hacia Kipatla cuando venía yo de regreso. Delante de mí venía corriendo.

Una noche se fundieron esos que les dice mi tío fusibles. Yo aproveché para llevarle de comer a Tichín mientras que mi tío los cambiaba allí, detrás de la casa. Salí con una vela al patio y ahí estaba yo, frente al montoncito de hojas del nido de Tichín, hablando con él en lengua y dándole poco a poco su comida de la bolsa de papel. En eso que escucho unas voces bajitas, que levanto la cabeza y que veo salir corriendo a Frisco, Nadia y Juan Luis, con todo y silla de ruedas.

–Bueno, seguro que a Tichín no lo descubrieron– pensé. Estaba dentro del nido y desde donde ellos estaban ni siquiera se veía la entrada. Me quedé tan tranquila.





Pero al día siguiente, cuando llegué a la escuela todos me vieron muy raro. Nadie se me quería acercar. A la hora del recreo el maestro Jacinto me dijo que yo no saliera, que teníamos que hablar. Vino mi tío Aldo y me preguntaron que qué pasaba conmigo.

–Nada– les contesté.

–Queremos saber por qué están todos tan intrigados contigo.

–¿Intrigados?

–Sí. Tienen mucha curiosidad. Parece que te han visto haciendo cosas raras y no sabemos qué pasa.

–¿Cosas raras? ¿Cuáles cosas raras?

Mi tío Aldo se me quedó mirando con cara de regaño.

–Cristina...¿Qué andabas haciendo a escondidas, alumbrándote con una vela? ¿Qué tenías en una bolsa de papel en el patio y de noche?

–¿Bo...bolsa?

–Dicen que estabas hablando en lengua y sacando algo de una bolsita a la luz de una vela.

–Que sacabas algo de la bolsa y lo metías en un montoncito de lodo y que así te pasabas mucho rato diciendo cosas.

–¿De qué se trata Cristina?– me dijo mi tío.

–¿No ves que los muchachos se están imaginando cosas raras?

Adentro de mí me dio risa.

–Bueno, ya ni modo– dije. Y les tuve que contar.





Un cartel para la tienda

Cuando el profe Jacinto les platicó a mis compañeros que yo había salvado al armadillo se pusieron muy contentos. Mi tío Aldo se fue a la casa y se trajo a Tichín. Todos lo querían ver y me preguntaban qué comía. Sólo mi tío y yo sabíamos qué comen los armadillos. Como mi tío se trajo la bolsita, algunos hasta le dieron sus cochinillas con cáscara de papaya. Tichín, pobrecito, se asustó de ver tanta gente.

Luego, el profe Jacinto me dijo que conocía a unas personas de la Universidad del Estado, que eran científicos que estudian a los animales y que tienen un parque protegido donde los animalitos viven sin que nadie los cace. Me preguntó que si quería yo que lo lleváramos allá.

–¡Claro que sí!– le dije –Así ya no lo van a convertir en charango.

Nos fuimos en un camión: el profe, Juan Luis, Nadia, Frisco y yo. Todos nos despedimos de Tichín –sólo que yo en lengua– y lo dejamos seguro con los científicos.

De regreso, paramos en la tiendita a comprar algo. Además, me tenían una sorpresa:

Nadia, Juan Luis y Frisco le habían pedido a Don Esteban permiso para poner un cartel grandotote en el clavo de la pared. Allí, en lo alto lo pusieron. Decía:

**AQUI, COMO ES NATURAL
A TODOS SE TRATA IGUAL.**





Juan Luis había buscado a mi tío para que le dijera cómo se decía eso en náhuatl y había escrito abajo:

NIKAJ NOCHI TIKINITAJ LUIKAL KEJ TOJUANTIJ

En eso pasó la tía Balbina. Hizo como que no veía el letrero y siguió caminando.

–¡Hola, tía Balbina! ¿No vas a pasar?

–No, m’hijita. Hoy no necesito nada – contestó. Y se fue, enchucando la boca mientras se apuraba.

Yo sentí bonito de tener en la tienda ese letrero en la lengua de mi abuela, donde todos lo pudieran ver.

Mi balón en otra cancha

Al otro día mi tío Aldo me dio una idea:

*–¿Por qué no llevas tu balón a la escuela?
Así los invitas a todos a jugar contigo.*

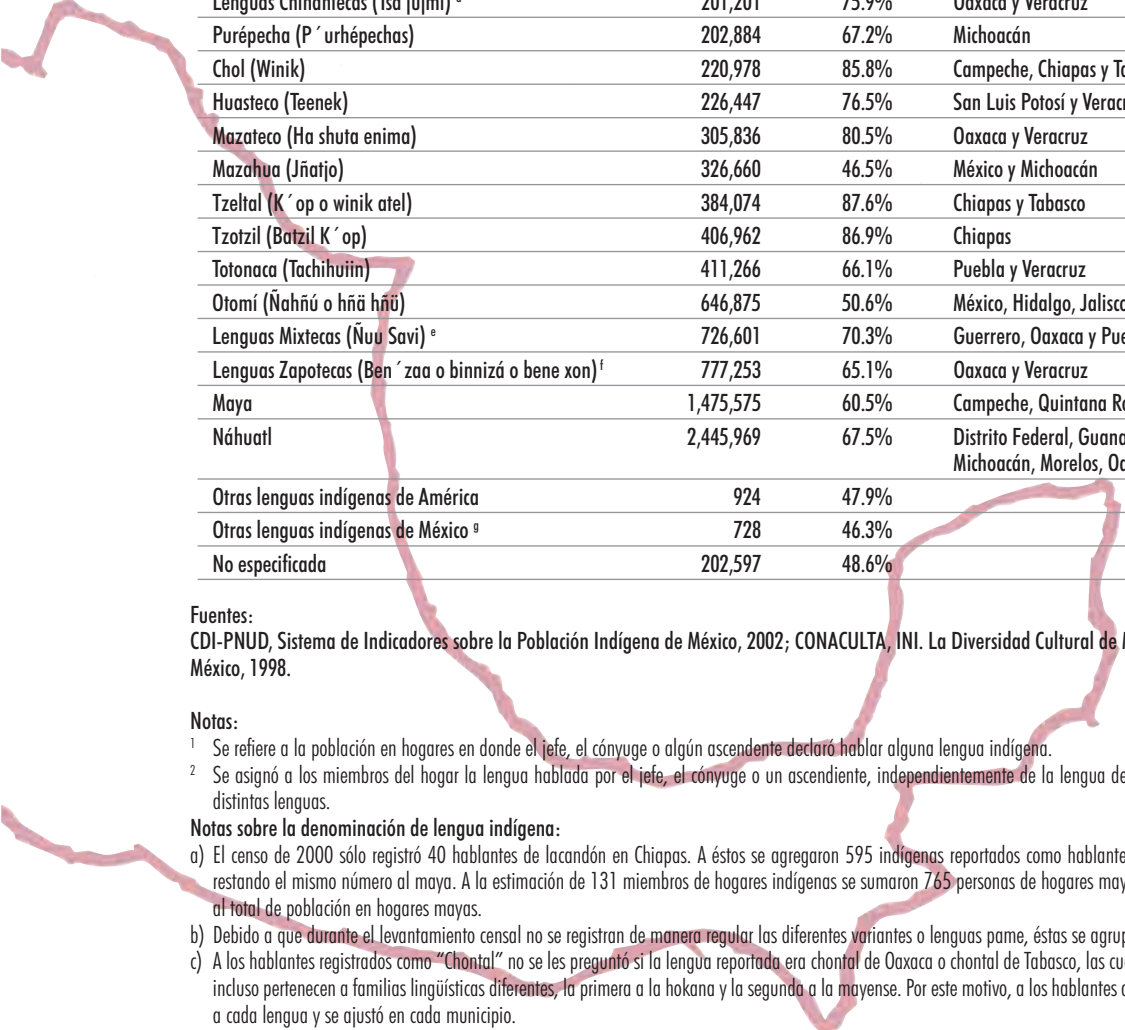
Estuvo divertidísimo el recreo. Nadia me pidió que jugara en su equipo. Además, a la hora del partido metí dos canastas.

Al final, quedamos empatados.



Población indígena¹ por lengua², porcentaje de hablantes de lengua indígena y ubicación geográfica, México, 2000

Lenguas	Población indígena total	Hablan lengua indígena	Ubicación geográfica
Total	10,220,862	67.4%	
Aguacateco	59	46.0%	Veracruz
Kiliwa (k'olew)	107	52.5%	Baja California
Ixil	224	48.1%	Campeche y Quintana Roo
Cochimí (Laymon o m'ti-pa)	226	42.5%	Baja California
Kikapú (Kikapoa)	251	57.5%	Coahuila
Kumiai (Kamia o ti'pai)	328	56.3%	Baja California
Cucapá (Es-pei)	344	59.9%	Baja California y Sonora
Pápago (Tono ooh'tam)	363	42.1%	Sonora
Paipai (Akwa'ala)	418	52.9%	Baja California
Quiché	524	54.7%	Campeche, Chiapas y Quintana Roo
Cakchiquel (Cachiquero)	675	34.1%	Chiapas
Motocintleco (Mochó o Qatok)	692	26.9%	Chiapas
Seri (Konkaak)	716	72.4%	Sonora
Ixcateco (Mero ikooa)	816	49.7%	Oaxaca
Lacandón (Hach't'an o hach winik) ^a	896	81.2%	Chiapas
Kekchí (k'ekchí o queekchí o quetzchi)	987	84.6%	Campeche
Jacalteco (Abxubal)	1,478	39.5%	Chiapas
Pima (Otam u o'ob)	1,540	54.3%	Sonora y Chihuahua
Ocuilteco (Tlahuica)	1,759	29.7%	México
Tacuate	2,379	86.9%	Oaxaca
Chocho (Runixa ngiigua)	2,592	41.6%	Oaxaca
Chuj	2,719	78.8%	Chiapas
Guarijío (Varoíjo o macurawe)	2,844	67.0%	Chihuahua y Sonora
Matlatzinca (Botuná o matlame)	3,005	47.9%	México
Chichimeca jonaz (Uza)	3,169	62.7%	Guanajuato
Lenguas Pames (Xigüe o Xi'ui) ^b	12,572	77.7%	San Luis Potosí
Chontal de Oaxaca (Slijuala xanuk) ^c	12,663	43.7%	Oaxaca
Kanjobal (k'anjobal)	12,974	83.5%	Chiapas
Tepehua (Hamasipini)	16,051	66.2%	Veracruz
Huave (Mero ikooc)	20,528	78.6%	Oaxaca
Cuicateco (Nduudu yu)	22,984	65.6%	Oaxaca
Yaqui (Yoreme)	23,411	64.3%	Sonora
Mame (Qyoool)	23,812	36.7%	Chiapas
Cora (Naayeri)	24,390	80.0%	Nayarit
Popoloca	26,249	72.1%	Puebla
Triqui (Driki)	29,018	84.4%	Oaxaca
Tepehuano (O'dam)	37,548	80.8%	Durango
Huichol (Wirrárika)	43,929	83.9%	Jalisco y Nayarit



Tojolabal (Tojolwinik otik)	54,505	81.7%	Chiapas
Amuzgo (Tzañcue o tzjon noan)	57,666	84.7%	Guerrero y Oaxaca
Chatino (Cha'cña)	60,003	79.6%	Oaxaca
Popoluca (Núntahá'yi o tuncapxe)	62,306	71.0%	Veracruz
Chontal de Tabasco (Yokot'an) ^c	79,438	55.2%	Tabasco
Zoque (O'de püt)	86,589	69.4%	Chiapas, Oaxaca y Veracruz
Mayo (Yoreme)	91,261	38.1%	Sinaloa y Sonora,
Tarahumara (Rarámuri)	121,835	72.0%	Chihuahua
Tlapaneco (Me'phaa)	140,254	85.2%	Guerrero
Mixe (Ayook o ayuuk)	168,935	80.1%	Oaxaca
Lenguas Chinantecas (Tsa jujmi) ^d	201,201	75.9%	Oaxaca y Veracruz
Purépecha (P'urhépechas)	202,884	67.2%	Michoacán
Chol (Winik)	220,978	85.8%	Campeche, Chiapas y Tabasco
Huasteco (Teenek)	226,447	76.5%	San Luis Potosí y Veracruz
Mazateco (Ha shuta enima)	305,836	80.5%	Oaxaca y Veracruz
Mazahua (Jñatjo)	326,660	46.5%	México y Michoacán
Tzeltal (K'op o winik atel)	384,074	87.6%	Chiapas y Tabasco
Tzotzil (Batzil K'op)	406,962	86.9%	Chiapas
Totonaca (Tachihuiin)	411,266	66.1%	Puebla y Veracruz
Otomí (Ñahnú o hñā hñā)	646,875	50.6%	México, Hidalgo, Jalisco, Querétaro y Veracruz
Lenguas Mixtecas (Ñuu Savi) ^e	726,601	70.3%	Guerrero, Oaxaca y Puebla
Lenguas Zapotecas (Ben'zaa o binnizá o bene xon) ^f	777,253	65.1%	Oaxaca y Veracruz
Maya	1,475,575	60.5%	Campeche, Quintana Roo y Yucatán
Náhuatl	2,445,969	67.5%	Distrito Federal, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí y Veracruz
Otras lenguas indígenas de América	924	47.9%	
Otras lenguas indígenas de México ^g	728	46.3%	
No especificada	202,597	48.6%	

Fuentes:

CDI-PNUD, Sistema de Indicadores sobre la Población Indígena de México, 2002; CONACULTA, INI. La Diversidad Cultural de México. *Los pueblos indígenas y sus 62 lenguas*. México, 1998.

Notas:

¹ Se refiere a la población en hogares en donde el jefe, el cónyuge o algún ascendente declaró hablar alguna lengua indígena.

² Se asignó a los miembros del hogar la lengua hablada por el jefe, el cónyuge o un ascendiente, independientemente de la lengua declarada por cada uno de ellos; en caso de hablarse distintas lenguas.

Notas sobre la denominación de lengua indígena:

- El censo de 2000 sólo registró 40 hablantes de lacandón en Chiapas. A éstos se agregaron 595 indígenas reportados como hablantes de maya en localidades lacandonas de Ocosingo, restando el mismo número al maya. A la estimación de 131 miembros de hogares indígenas se sumaron 765 personas de hogares mayas del municipio de Ocosingo, los cuales se restaron al total de población en hogares mayas.
- Debido a que durante el levantamiento censal no se registran de manera regular las diferentes variantes o lenguas pame, éstas se agrupan bajo el nombre genérico de "Pames".
- A los hablantes registrados como "Chontal" no se les preguntó si la lengua reportada era chontal de Oaxaca o chontal de Tabasco, las cuales no sólo son mutuamente ininteligibles, sino que incluso pertenecen a familias lingüísticas diferentes, la primera a la hokana y la segunda a la mayense. Por este motivo, a los hablantes de chontal se les aplicó la proporción correspondiente a cada lengua y se ajustó en cada municipio.
- Debido a que durante el levantamiento censal no se registran de manera regular las diferentes variantes o lenguas chinantecas, éstas se agrupan bajo el nombre genérico "Chinantecas".
- Debido a que durante el levantamiento censal no se registran de manera regular las diferentes variantes o lenguas mixtecas, éstas se agrupan bajo el nombre genérico de "Mixtecas".
- Debido a que durante el levantamiento censal no se registran de manera regular las diferentes variantes o lenguas zapotecas, éstas se agrupan bajo el nombre genérico de "Zapotecas".
- Para el censo de 1995 y 2000, el INI consideró como otras lenguas indígenas de México el solteco, el papabuco y el ópata.

Nos interesa tu opinión.

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en el
CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, Col. Anzures, Del.
Miguel Hidalgo, C.P. 11590, o bien
escribenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx